



# LA PANDEMIA DEL RELATIVISMO: UN OBSTÁCULO PARA LA EDUCACIÓN MORAL Y CIENTÍFICA<sup>1</sup>

## THE PANDEMIC OF RELATIVISM: AN OBSTACLE FOR MORAL AND SCIENTIFIC EDUCATION

<https://10.21555/rpp.v35i35.2627>

**Carolina Soria Bravo**

Universidad Pedagógica Nacional, México.

[carolinasbravo92@gmail.com](mailto:carolinasbravo92@gmail.com)

<https://orcid.org/0000-0001-8705-0366>

**Recibido: septiembre 29, 2022 – Aceptado: octubre 25, 2022**

### Resumen

La época actual se caracteriza, como ha expresado Bauman, por la «liquidez» de la vida humana. Las estructuras eran sólidas; hoy son cambiantes: sea la identidad del sujeto, la sexualidad, las relaciones. Todo es líquido, moldeable, adaptable. Si a algo se teme en esta época es a lo estable o permanente.

En consecuencia, los valores también se han visto afectados, pues dependen del punto de vista personal, de las preferencias y los gustos, es decir, son absolutamente relativos. Esta liquidez en todos los aspectos, genera incertidumbre, pues ante la excesiva información a la que está expuesto, el ser humano finalmente no posee referentes objetivos para definir qué es bueno, valioso, preferible: todo depende de la circunstancia y de las preferencias del sujeto. La ética se vuelve obsoleta, porque si cada quien tiene un punto de vista igualmente válido, es imposible hablar de una jerarquía de valores. La búsqueda de la verdad, también es imposible, ya que se niega toda posibilidad de alcanzarla. Pareciera que la educación es imposible en una sociedad relativista. Entonces, ¿cómo enseñar en una época donde la verdad y moralidad son cuestionadas e incluso negadas?

**Palabras clave:** relativismo, humanismo, educación del carácter, ética, posmodernidad.

<sup>1</sup> Concepto obtenido del artículo El relativismo no puede educar. *Padres y Colegio*, 22 de octubre del 2014.

## Abstract

The present age is characterized, as Bauman has opined, by the «liquidity» of human life. The structures that were previously solid are today changing, be it the identity of the subject, their sexuality, their relationships. Everything is liquid, moldable, adaptable. If something is feared at this time, it is the stable or permanent.

Consequently, values have also been affected because they depend on each person's point of view, preferences, and tastes, that is, they are totally relative.

This liquidity in all aspects generates uncertainty, because given the excessive information to which we are exposed, the human being ultimately does not have objective references to define what is good, valuable, preferable, since it seems that everything depends on the circumstance and the subject preferences. Ethics becomes obsolete because if everyone has an equally valid point of view, it is impossible to speak of a hierarchy of values. The search for the truth is also impossible because any possibility of reaching it is denied. It seems that education is impossible in a relativistic society. So how is it possible to teach in an age where truth and morality are questioned and even denied?

**Keywords:** Relativism, Humanism, Character Education, Ethics, Postmodernity.

## ¿QUÉ ES EL RELATIVISMO?

Cualquiera puede hacer el siguiente experimento y obtendrá el mismo resultado. Preguntar a sus amigos, familia o alumnos si existe el bien o el mal, y si existen verdades absolutas o si cada quien posee su verdad. Seguramente, la respuesta será: «Cada quien tiene su propia verdad porque, lo que para alguien está bien, para otro puede estar mal». Y aunque este pensamiento pudiera parecer inofensivo e incluso signo de la «tolerancia» imperante de esta época, es también un impedimento frente a la educación y, sobre todo, frente a la moral. A esta concepción se le llama «relativismo».

Podría pensar que nunca antes existió una sociedad tan relativista como esta. Sin embargo, desde el siglo IV a.C., existieron pensadores reconocidos, llamados «sofistas», quienes creían en la imposibilidad de hablar de verdades absolutas, de lo que se desprende que tampoco se puede hablar de criterios morales absolutos. Para el sofista, lo que conocemos como «moral» es una convención social, es decir, acuerdos sociales en los que se estipula lo considerado «bueno» y «malo». De esta forma, la concepción del bien y el mal está sujeta a variaciones temporales y espaciales, pues se modifica dependiendo de los contextos.

El sofista más representativo es Protágoras, quien afirma: «El hombre es la medida de todas las cosas: tal como las cosas se me muestran, tales son para mí; tal como se te presentan, tales son para ti» (Platón, 2003, 385 e).

## ¿POR QUÉ VIVIMOS EN UNA ÉPOCA RELATIVISTA?

Sello significativo de la posmodernidad es que el ser humano niega la existencia de verdades absolutas. A esto, el filósofo italiano Gianni Vattimo llama «el pensamiento débil» (*pensiero debole*), el cual defiende la no-existencia de verdades absolutas o estructuras fuertes. Esto se debe a que, históricamente, se ha notado que, una vez que algún poder

–Estado, Iglesia, sociedad dominante– se eroga la capacidad de definir qué es la Verdad, surge la opresión hacia ciertas minorías por lo que, para lograr una sociedad tolerante, dirigida a la multiculturalidad, es imposible defender categorías «fuertes» como sistema, verdad, objetivismo, fundamentalismo, sino que debemos abrirnos hacia categorías débiles como interpretación, apertura, subjetivismo, entre otras.

Mientras existió la creencia en un orden ideal del mundo, en un reino de esencias más allá de la realidad empírica, que permitía el conocimiento y también la crítica de los límites de esta realidad, la metafísica pudo durar. Pero a través de una serie de cuestiones relativas al desarrollo de las ciencias modernas, en las que la verdad que pertenecía a las ideas platónicas se ha convertido progresivamente y de manera exclusiva en la objetividad de las proposiciones de la física, la metafísica se desmiente a sí misma, se desvela como una creencia que ya no es aceptable (y, por eso, tampoco eficaz), porque el orden ideal al que siempre se ha referido se ha convertido, al menos a nivel conceptual, en el orden real del mundo racionalizado de la moderna sociedad tecnológica. Este orden imposibilita, en realidad, la existencia como existencia, esto es, como proyectualidad, apertura, imprevisibilidad y libertad (Vattimo, 2021, p. 24).

Sin duda, existen muchos ejemplos de cómo las estructuras fuertes, que conciben objetivamente al ente –llámese verdad, Dios o alguna formulación metafísica–, han oprimido a las minorías. A lo largo de la historia pueden nombrarse innumerables instancias de persecuciones a minorías religiosas, pues se asumía que existía una religión verdadera, mientras que quienes no comulgaban con esos principios eran considerados herejes, infieles o ateos y, por lo tanto, se justificaba su aniquilación. Otro ejemplo, son los movimientos totalitarios del siglo XX, en los que, buscando justificar la existencia de una raza superior, se cometieron crímenes contra aquellos que no se adecuaban a esa «verdad». El colonialismo, en general, corresponde a una visión en donde solo existe una manera correcta de existir como sociedad, a saber, la «civilización», mientras que quienes no se adecuan a esos parámetros son considerados bárbaros y deben someterse según una visión supuestamente superior que justifica actos violentos en nombre del «progreso».

Los movimientos de persecución religiosa, política e incluso cultural, sugieren un legado: no permitir que una supuesta superioridad, en cualquiera de estos ámbitos, reprima a los que no se ajustan a esos criterios.

Somos producto de un trauma que trajeron consigo las guerras mundiales del siglo XX; esas persecuciones alcanzaron el culmen con la matanza de millones de personas que no se ajustaron a los estándares impuestos por esa época. Hoy en día, parece atemorizante defender la existencia de una verdad absoluta. En este sentido, el relativismo puede verse como un avance en nombre de la tolerancia, la multiculturalidad y el tomar en cuenta todos los puntos de vista en una sociedad.

## LOS RIESGOS DEL RELATIVISMO

Así como concebir la realidad desde un punto de vista relativista no es nada nuevo, tampoco lo es la crítica al relativismo. La figura que combatió el relativismo defendido por los sofistas en la Antigua Grecia, fue el reconocido filósofo Sócrates.

En el Libro II de *La República* de Platón, aparece un diálogo entre Sócrates y Glaucón, sobre si realmente existe la justicia o si realizamos actos justos por convención social. Glaucón, quien defiende la segunda postura, cuenta la historia del anillo de Gíges en la cual un pastor, al servicio del rey de Lidia, encuentra en una grieta de la tierra, un cadáver que tenía puesto únicamente un anillo de oro. Pronto descubrió que, al colocarse él el anillo y girarlo,

era invisible: notaba cómo todos hablaban de él como si estuviera ausente. Aprovechó esta condición para trabajar como informante del rey, trabajó en el palacio, logrando seducir a la esposa del soberano para luego matarlo entre ambos y apoderarse del reino (Cfr. Platón, 2003, 359a-360b).

Lo que intenta probar Glaucón con esta historia es que el ser humano, tal como el pastor, solamente obra de manera justa cuando los demás lo ven, para evitar algún tipo de castigo, pero realmente no es que exista la justicia como tal, sino que esta surge por convención social. Sócrates combate esta idea con la postura de que la justicia existe en sí misma, independientemente si los demás la reconocen o actúan conforme a ella.

Básicamente la discusión se resume en saber si hay valores absolutos o si cada quien se rige según sus propios valores –o los impuestos por la sociedad–, pero que realmente no existe un fundamento ontológico y objetivo sobre el bien, la justicia y la verdad.

Para Sócrates, lo mismo que para su discípulo Platón, es indispensable la existencia de un fundamento en el que existan, de manera objetiva, la verdad y el bien. Es más claro en Platón con la propuesta del Mundo de las Ideas, expuesto en el conocido mito de la caverna ubicado en el libro VII de *La República*, en donde se narra que ciertos hombres habitaban en una caverna, atados y mirando únicamente a las sombras proyectadas frente a ellos. Veían todo tipo de sombras de diferentes utensilios, objetos, animales que transportaban los hombres que caminaban detrás de ellos. Los prisioneros asumían, entonces, que lo real eran las sombras percibidas de los objetos artificiales transportados. Hasta que uno de ellos es liberado y percibe, con claridad, los objetos que causan esas sombras, dándose cuenta que lo que observaba no era real. Ahora bien, si el prisionero sale a la luz del sol, es probable que se irritaría puesto que ello ha lastimado sus ojos. Al principio le costaría trabajo y preferiría volver a ver las cosas que antes creía verdaderas, pero con el tiempo se acostumbraría, percibiéndolas como verdaderas. Finalmente, este hombre liberado, si intentara bajar a convencer a sus compañeros encadenados de que el mundo que contemplan no es real –sino de apariencias y sombras–, no le creerían, se molestarían e incluso intentarían asesinarlo.

Según Sócrates, esta alegoría debe remitir a que existe un ámbito inteligible que funge como fundamento de esta realidad. El sol, fuente de la luz que permite reconocer a los objetos, es la Idea del Bien, causa ontológica y epistemológica de la realidad que percibimos. De la Idea de Bien, obtienen las cosas su bondad y belleza (Cfr. Platón, 2003, 514a-518d).

El que logra salir de la caverna, que representa al filósofo, contempla el Mundo de las Ideas y tiene la obligación moral de comunicarla a sus compañeros, quienes se irritan pues están cómodamente existiendo en la *doxa* (que en griego quiere decir opinión).

Para Platón es esencial defender que, el que la mayoría viva en la *doxa*, no implica que entonces esta se convierta en verdadera. Todos podemos existir en la propia opinión y eso no invalida que haya una verdad fuera de nosotros mismos, que el mundo no es de acuerdo con nuestros estándares, sino que existen parámetros absolutos que no son relativos dependiendo de si estoy o no de acuerdo con ellos.

Platón denuncia en este mito, que la mayoría vive de acuerdo a su propia verdad, que son muy pocos –solamente el filósofo, en este caso– los que se cuestionan y logran darse cuenta que existe una verdad más allá, que probablemente no sea agradable ni se ajuste a lo que yo espero de la realidad, pero que existe objetivamente.

El riesgo del relativismo es que, al no existir criterios absolutos para definir si una acción es buena o mala, situamos el criterio en qué tan útil nos resulta. Por ejemplo, como no sabemos si la pena de muerte o la eutanasia –eligiendo un problema ético cualquiera– son moralmente buenos o no (porque según el relativismo no hay criterios absolutos), entonces habrá

que ver cuál conlleva mejores ventajas. A este criterio de acción se le llama «pragmatismo» (que está relacionado con los conceptos de utilitarismo o consecuencialismo).

Según un punto de vista pragmático, sería correcta la pena de muerte o la eutanasia, porque los beneficios de aprobarlas serían mayores que el no hacerlo. Se evalúa una acción, no por la acción en sí misma, sino por las consecuencias o la utilidad obtenida por su aprobación o rechazo. Como se puede ver, el relativismo está fuertemente unido a lo pragmático o útil, lo cual es problemático porque este concepto, a su vez, depende de quién considera lo útil.

A continuación, se proponen algunas preguntas relacionadas a dilemas éticos que se sugiere llevar a las clases para analizar el problema del relativismo. Se deben mencionar una vez que los alumnos hayan respondiendo de manera relativistamente a la cuestión sobre si existen el bien y el mal de manera objetiva, o si su concepción es resultado de una convención social.

Estas preguntas únicamente deben responderse en términos de utilidad, mas no de moralidad.

1. En vista de la sobrepoblación y la deficiente educación en lo relativo a la planeación familiar, ¿es útil esterilizar a las mujeres indígenas, sin su consentimiento?
2. ¿Es útil sacrificar perros de la calle, en vista de la sobrepoblación y la contaminación de sus heces fecales, así como por la imagen de pobreza que da un país con altos índices de perros callejeros?
3. ¿Es útil que haya avances tecnológicos que permitan abortar a todos los niños con síndrome de Down, para alcanzar un índice de 0% de nacimientos con este padecimiento, tal como se ha logrado en países como Islandia?
4. ¿Fue útil, en el sentido de los beneficios económicos que se obtuvieron, que el nazismo expropiara las propiedades de los judíos, mientras que estos eran enviados a campos de trabajo/ exterminio?

Las preguntas resultan inquietantes porque, por un lado, se limita a los alumnos a que respondan solamente basándose en criterios de utilidad, por lo que se ven orillados a afirmar que sí es útil, pero en el momento en que quieren decir «pero...», se les debe recordar que inicialmente habían defendido la proposición sobre la no existencia de lo bueno y lo malo en sí, sino por su convención social, por lo que el bien y el mal son conceptos relativos.

Esto es el método mayéutico que Sócrates utilizaba en sus diálogos con los opositores. Por un lado, el contrincante acepta una premisa, en este caso, el que no existen criterios morales absolutos, con el argumento «lo que a mí me parece bueno, puedo no pareértelo a ti». Después, por medio de preguntas, se le hace constatar que su premisa, previamente aceptada, tiene problemas, porque ahora está en un dilema: o acepta que no hay criterios absolutos o acepta que sí existe lo moralmente reprovable en sí mismo.

Es posible que el alumno siga defendiendo la postura de que no existen verdades absolutas, pero al menos ya será consciente de que debe ser congruente con lo que ello implica. Su afirmación le impediría pronunciarse en contra de cualquier «injusticia» social porque, desde un punto de vista, no lo sería.

Con la mayéutica se busca que el mismo interlocutor perciba los errores y la incongruencia que tienen sus creencias relativistas, para que él mismo sea capaz de cuestionárselas y dé a luz la verdad –esto es lo que Sócrates consideraba que era el objetivo, que encontráramos la

verdad en nuestra alma. El maestro es solamente un guía, una partera, como Sócrates mismo se hacía llamar.

¿Qué se puede concluir del ejercicio anteriormente expuesto? Que lo moralmente bueno no puede equipararse con lo útil, porque cualquier acción que resultara mínimamente útil, podría justificarse. El utilitarismo es una apología a esa frase de *El fin justifica los medios*.

La conclusión que se busca probar es que existen acciones en sí mismas reprobables, como violar la integridad física y moral de las mujeres por medio de la esterilización forzada, el asesinar seres inocentes o expropiar los bienes de una comunidad minoritaria –aun cuando eso traiga beneficios a la mayoría.

Hoy en día, considerar que hay cosas reprobables en sí mismas es considerado como «moralista» –en sentido peyorativo o incluso retrógrada. Sin embargo, no hay congruencia en aquellos que niegan la existencia de la moralidad pero que, simultáneamente, defienden movimientos sociales. Tal es el caso de quienes defienden la libertad de las mujeres en Afganistán o Irán, argumentando que se violan los derechos más fundamentales. ¿No son los derechos fundamentales una aspiración hacia lo universal? ¿No es la aspiración hacia algo universal, la crítica más fundamental hacia el relativismo?

Las luchas sociales y el descontento social, necesariamente tienen claro qué es lo moralmente aceptable y qué no lo es. No existe conciencia social sin que haya una clara jerarquía axiológica.

## LA TETRALOGÍA NIHILISTA DEL SIGLO XX-XXI: HEDONISMO-CONSUMISMO-PERMISSIVIDAD-RELATIVISMO

El psiquiatra Enrique Rojas en su libro *El hombre light*, explica cómo el relativismo es producto de una sociedad hedonista y cómo ello conlleva varias implicaciones que explican a la sociedad actual:

Éste es un libro de denuncia. [...] Es una sociedad, en cierta medida, que está enferma, de la cual emerge el hombre light, un sujeto que lleva por bandera una tetralogía nihilista: hedonismo-consumismo-permisividad-relatividad. Todos ellos enhebrados por el materialismo. Un individuo así se parece mucho a los denominados productos light de nuestros días: comidas sin calorías y sin grasas, cerveza sin alcohol, azúcar sin glucosa, tabaco sin nicotina, Coca-Cola sin cafeína y sin azúcar, mantequilla sin grasa... y un hombre sin sustancia, sin contenido, entregado al dinero, al poder, al éxito y al gozo ilimitado y sin restricciones. El hombre light carece de referentes, tiene un gran vacío moral y no es feliz, aun teniendo materialmente casi todo. Esto es lo grave. Éste es mi diagnóstico, y a lo largo de estas páginas, describo sus principales características, a la vez que hago sugerencias de cómo escapar y salirse de ese camino errado que tiene un final triste y pesimista. Frente a la cultura del instante, está la solidez de un pensamiento humanista; frente a la ausencia de vínculos, el compromiso con los ideales. Es necesario superar el pensamiento débil con argumentos e ilusiones lo suficientemente atractivos para el hombre, como para que eleven su dignidad y sus pretensiones. Se atraviesa así el itinerario que va de la inutilidad de la existencia a la búsqueda de un sentido a través de la coherencia y del compromiso con los demás, escapando así de la grave sentencia de Thomas Hobbes: «El hombre es un lobo para el hombre». Hay que conseguir un ser humano que quiere saber lo que es bueno y lo que es malo; que se apoya en el progreso humano y científico, pero que no se entrega a la cultura de la vida fácil, en la que cualquier motivación tiene como fin el bienestar, un determinado nivel de vida o placer sin más. Sabiendo que no hay verdadero progreso humano si éste no se desarrolla con un fondo moral (2000, p. 6).

En este prólogo se describe al hombre *light* como un ser que busca el placer sin más. Estamos presenciando una sociedad incapaz de tolerar la frustración. Desde pequeños, a los niños se les educa para obtener lo que quieren, en el momento que lo quieren; son incapaces de controlar sus impulsos y no tienen experiencia para motivarse y persistir frente a los problemas. No es extraño que en esta época se hable de los *niños tiranos*.

Esto es lo que se define como una sociedad hedonista, cuya premisa fundamental es obtener el placer a toda cosa, evitando el esfuerzo y cualquier complicación. Ahora bien, el placer siempre es algo individual e incommunicable, pues no existen parámetros universales en los gustos. Esto se debe a que, en cuestiones sensoriales, no es posible aspirar a la universalidad porque, en sí mismo, lo sensorial es individual. Ahora bien, el hedonismo aplaza la conclusión de la relatividad, ya no solamente a los sentidos, sino al ámbito moral. Lo que a mí me agrada, es bueno para mí, mientras que, si no me agrada, no es bueno. ¿A qué nos lleva eso?

- a) Por un lado, a relativizar lo moral, negando que haya una realidad más allá de mí mismo. Yo soy la totalidad de mi criterio moral, de modo que si para mí, esto resulta placentero, nadie puede decir lo contrario.

Esto también deviene en una sociedad que niega la realidad fuera de uno mismo y que busca que lo que cada quien piensa es verdad, se adecue a las propias necesidades y emociones del momento. En resumen, nos hallamos en una sociedad sin tolerancia a la frustración.

- b) Permisividad. El hedonismo, como señalamos, aplaza los principios de lo sensorial al ámbito moral, por lo que este último se torna relativo. Si todo es relativo, entonces todo debe estar permitido.
- c) Nihilismo. Si en la sociedad en la que vivo todo está permitido –porque cada quien posee su criterio de qué es lo bueno y malo–, entonces la persona se siente ciertamente desconcertada. En algunos temas, estará a favor, mientras que en otros estará en contra, o bien porque le incomodan o porque le resultan más cómodos: estoy a favor del aborto, pero al mismo tiempo, estoy en contra de los antirrábicos. Todo depende del punto de vista o contexto. Y entonces, ante un bombardeo mediático de diferentes puntos de vista, en donde todos son vistos como igualmente válidos, termino por no creer nada, refugiándome aún más en mi relativismo incongruente, pero que no me exige tampoco aclarar qué valores jerarquizo y a qué verdad me dirijo.

Una sociedad nihilista no cree en nada, por lo que anda sin rumbo, sin destino, pronta a sentirse desorientada y deprimida, tal como apreciamos en estos tiempos. Presenciamos una generación sin referentes morales, que ni siquiera sabe bien qué creer, porque todo es circunstancial y depende del contexto.

Uno de los pilares de la tetralogía expuesta por Rojas es el «consumismo», que no se explicará aquí. Solamente se introduce la idea de que una vida vacía, sin referentes morales y sin aspiraciones –puesto que no existen jerarquías, ya que estas son relativas–, conlleva a un apego a aquello que otorga cierta tranquilidad en un mundo de mucha incertidumbre; sin embargo, eventualmente confronta mis vacíos emocionales, haciéndolos cada vez más agudos.

## LA ERA DE LA INFORMACIÓN Y LA SABIDURÍA

Ahora bien, hasta ahora se ha explicado cuáles son los riesgos del relativismo en un aspecto moral, en cómo el ser humano concibe su existencia y el compromiso que tiene con esta misma. La conclusión ha sido que el relativismo, ondeando la bandera del hedonismo, lleva a una permisividad que implica que todo es válido e igualmente aceptable, siendo un barco –y una existencia– a la deriva.

Pero las consecuencias no se limitan a aparecer únicamente en el plano moral, sino también en el epistemológico, es decir, en el campo del conocimiento humano.

Es mucho más comprensible el relativismo en el ámbito moral que en el epistemológico, pues en el primero se entiende que una sociedad sin referentes no se quiera ver comprometida con una jerarquía de valores. Sin embargo, el relativismo epistemológico, la «posverdad» como se le ha denominado, es casi inaceptable.

Si todos tenemos nuestra propia verdad, ¿para qué buscamos aprender?, ¿para qué vamos a la universidad?, ¿qué valor tienen la universidad, los profesores, la ciencia?, ¿cuál es la diferencia entre la opinión y el conocimiento científico?

Siguiendo el ejercicio mayéutico anteriormente expuesto, se sugieren estas preguntas, basadas en la pregunta inicial sobre si todas las opiniones son igualmente válidas:

1. ¿Es igualmente válida la opinión de un doctor sobre la importancia de las vacunas, a la de una persona que considera que rezando y recurriendo a estampillas religiosas puede combatirse el COVID?
2. ¿Es igualmente válida la opinión de un musulmán radical, que opina que las mujeres no tienen derechos, a alguien como Malala que lucha por el derecho a la educación de todas las mujeres?
3. ¿Es igualmente válida la opinión de quienes afirman que el calentamiento global es un proceso natural de la Tierra, en el que nada ha influido el quehacer humano, que la opinión de quienes buscan realizar reformas como Greta Thunberg, para responsabilizarnos por este cambio climático?

El objetivo de estas preguntas es que se den cuenta que algunas opiniones están fundamentadas en aspectos no racionales y explicar que, aunque todas las personas tengan derecho a expresar sus opiniones, eso no significa que todas las opiniones posean el mismo valor epistemológico.

Paradójicamente, nuestra sociedad está totalmente confrontada e inmersa en un exceso de información; sin embargo, eso no implica que estemos más cerca de la «verdad» o de que existan personas más sabias, sino todo lo contrario. Este tema lo aborda uno de los filósofos más destacados de nuestro tiempo, Byung Chul-Han, en uno de sus libros titulado *No-cosas*, en él afirma que la hiperinformación, con la que lidiamos hoy en día, logra una indistinción entre lo verdadero y lo falso, en donde no hay referentes a la realidad. Realmente no se busca la verdad, sino la eficacia:

La información por sí sola no ilumina el mundo. Incluso puede oscurecerlo. A partir de cierto punto, la información no es informativa, sino deformativa. Hace tiempo que este punto crítico se ha sobrepasado. [...] Se ha nivelado la distinción entre lo verdadero y lo falso. La información

circula ahora, sin referencia alguna a la realidad, en un espacio hiperreal. Las *fake news* son informaciones que pueden ser más efectivas que los hechos. Lo que cuenta es el efecto a corto plazo. La eficacia sustituye a la verdad (Han, 2022, p. 18).

Presenciado que la información se equipara con la verdad, y el criterio de esta última es qué tan eficaz resulta. Estos datos e información fugaces, solamente tienen un eco en nosotros por unos cuantos días y, después, la fuerza del estímulo desaparece. La sabiduría, que consistiría en una observación detenida, el análisis de los supuestos, la relación entre los diferentes datos, las conclusiones matizadas, no tiene cabida en un mundo de información aislada y fugaz.

Hoy las prácticas que requieren un tiempo considerable, están en trance de desaparecer. También la verdad requiere mucho tiempo. Donde una información ahuyenta a otra, no tenemos tiempo para la verdad. [...] La confianza, las promesas y la responsabilidad también son prácticas que requieren tiempo. [...] Todo lo que estabiliza la vida humana requiere tiempo. La fidelidad, el compromiso y las obligaciones son prácticas, asimismo, que requieren mucho tiempo. [...] Entre las prácticas que requieren tiempo se encuentra la observación atenta y detenida. La percepción anexa a la información, excluye la observación larga y lenta. La información nos hace miopes y precipitados. Es imposible detenerse en la información. La contemplación detenida de las cosas, la atención sin intención, que sería una fórmula de la felicidad, retrocede ante la caza de información. Hoy corremos detrás de la información sin alcanzar un saber. Tomamos nota de todo sin obtener un conocimiento. Viajamos a todas partes sin adquirir una experiencia. Nos comunicamos continuamente sin participar en una comunidad. Almacenamos grandes cantidades de datos, sin recuerdos que conservar. Acumulamos amigos y seguidores, sin encontrarnos con el otro. La información crea así una forma de vida sin permanencia y duración (Han, 2002, p. 12).

Según esta cita, lo que solía darle estabilidad al ser humano, está en una crisis. Esto nos remite a la caracterización de nuestra época, propuesta por Zygmunt Bauman, en uno de sus libros, *Modernidad líquida*, con la categoría de la «liquidez».

En lenguaje simple, todas estas características de los fluidos implican que los líquidos, a diferencia de los sólidos, no conservan fácilmente su forma. Los fluidos, por así decirlo, no se fijan al espacio ni se atan al tiempo. En tanto los sólidos tienen una clara dimensión espacial [...], los fluidos no conservan una forma durante mucho tiempo y están constantemente dispuestos (y proclives) a cambiarla [...].

Los fluidos se desplazan con facilidad [...]. La extraordinaria movilidad de los fluidos es lo que los asocia con la idea de «levedad». Hay líquidos que en pulgadas cúbicas son más pesados que muchos sólidos, pero de todos modos tendemos a visualizarlos como más livianos, menos «pesados» que cualquier sólido. Asociamos «levedad» o «liviandad» con movilidad e inconstancia: la práctica nos demuestra que cuanto menos cargados nos desplazamos, tanto más rápido será nuestro avance.

Estas razones justifican que consideremos que la «fluidez» o la «liquidez» son metáforas adecuadas para aprehender la naturaleza de la fase actual –en muchos sentidos nueva– de la historia de la modernidad (2004, p. 8).

Según este autor, lo que caracteriza a esta época es que, en todos los aspectos de la realidad –ya sea nuestra identidad o en cómo nos relacionamos con los otros–, todo puede ser fácilmente modificable. Actualmente tenemos muchos ejemplos que ilustrarían esta liquidez: nacer en un país ya no implica el tener que vivir toda la vida en él, nacer con una identidad sexual ya no implica el tener que mantener esa identidad sexual para toda la vida. Lo mismo aplica con las relaciones humanas que forjamos, pues se entiende que estas son fácilmente cambiables, por lo que hoy se prefieren relaciones sin compromiso, trabajos temporales, ropa y dispositivos electrónicos que pronto serán sustituidos por unos nuevos; por ello, los conceptos de *fast fashion* o de obsolescencia programada.

Pareciera que lo realmente atemorizante es la permanencia, pues nos hemos acostumbrado a lo fugaz y cambiante.

Si bien, esta capacidad de ser líquido posee algunas ventajas –como lo es experimentar todo tipo de vivencias sin «atarse» a ninguna de ellas–, también es capaz de generar incertidumbre en el sujeto, pues la liquidez no le brinda ningún tipo de estabilidad y, por lo tanto, cae fácilmente en trastornos como la ansiedad y la depresión.

## EL HUMANISMO COMO PROPUESTA EDUCATIVA

El ser humano «light» o «líquido», según los autores anteriormente expuestos, es aquel que existe sin tener parámetros de lo que es bueno o malo, lo que es verdadero o falso, cree que, porque la verdad requiere mucho esfuerzo, entonces es mejor negar su existencia y, por lo tanto, conformarse con los datos volátiles y aislados que proporcionan los medios, evitando el esfuerzo de investigar los fundamentos, las bases y los alcances de tal información; es quien cree que el único criterio a considerar es el placer propio.

El título del presente escrito hace un llamado a darnos cuenta que el relativismo –y sus implicaciones– está cada vez más presente en todos los aspectos de la realidad. El ser humano que asume que no hay verdad, que la moral es un invento y que no existen criterios epistemológicos que puedan determinar la verdad, está condenado a existir de manera nihilista y, muchas veces, sin encontrar un sentido a su existencia.

Uno de los principales problemas que enfrenta el relativismo es que imposibilita la educación, ya que esta necesariamente asume que existen valores preferibles por encima de otros: por ejemplo, la adquisición de la cultura por encima de la ignorancia; la disciplina por encima de la irresponsabilidad; el pensamiento crítico por encima de la aceptación de lo que la mayoría piensa; la consideración de un bien común por encima del individualismo.

¿Cómo podemos, desde la educación, combatir esta concepción pandémica?

En primer lugar, debe determinarse, de manera clara, la propia concepción antropológica, pues esta determinará cómo entendemos qué es el ser humano y cómo este debe ser educado.

«El hombre desea por naturaleza saber» (Aristóteles, 985a) es la frase con la inicia la *Metafísica* de Aristóteles, la que nos sitúa como la única especie que busca el *logos*, es decir, que persigue la verdad. Si eso es lo que nos distingue de los otros animales, entonces la búsqueda de la verdad es lo que nos define como seres humanos.

Esta búsqueda no puede ser algo fácil, pues adquirir conocimiento implica, como se mencionó anteriormente, tiempo, atención, evitar la precipitación de nuestras conclusiones, analizar los argumentos detenida y detalladamente para comprender qué supuestos se tienen por entendidos y qué implicaciones posee la afirmación de cierta proposición.

Los alumnos deben tener claro que el ser humano está hecho para buscar la verdad, pues no hacerlo es una manera de renegar de nuestras grandes capacidades intelectuales. El alumno debe volver a tener un sentido de participación de la verdad y esto puede lograrlo a través de la lectura de los grandes pensadores, lo que le permitirá comprender cuáles han sido las cuestiones que se han planteado y cómo se han respondido a lo largo de la historia. Tener un diálogo con los filósofos le permitirá comprender la grandeza del pensamiento humano y querrá formar parte de esa contribución, a través de su propia reflexión.

Además, es indispensable impulsar el esfuerzo por ser congruente con lo que piensa, para que precisamente la información que obtenga no sea solamente atómica y fugaz, sin ninguna relación con lo que aprende, sino que sea capaz de relacionar estos datos para lograr una visión totalizadora. Exigir la congruencia de sus pensamientos como un sistema de creencias, implicará que es consciente de la responsabilidad que tiene al asumir diferentes posturas éticas o epistemológicas, entre otras. Una de las responsabilidades como guía, es hacer ver a los alumnos cuando sus afirmaciones no están siendo congruentes o comprometerlos con lo que implican sus afirmaciones.

Finalmente, debe orientarse al alumno a ser más consciente del otro. El relativismo, como indicamos anteriormente, nos lleva a un aislamiento: mi propio placer es lo más importante, sin consideración de los demás. El crear relaciones líquidas, implica no ver al otro en su interioridad, no ver su rostro. El preferir la comunicación digital me aleja de la comunidad. El tener un algoritmo que me muestra solamente lo que me gusta, evitando todo lo que no quiero que se me muestre, impide el diálogo con lo que me es ajeno.

La educación debe enfocarse a hacernos más conscientes de los otros, buscar un mayor compromiso en nuestras relaciones, siendo más reflexivos frente al dolor ajeno, saliendo de nuestra propia visión del mundo.

El ideal de humanidad debe asumir que el ser humano no es perfecto, sino perfectible, que es capaz de buscar la verdad –en el ámbito científico y en el ámbito moral–, que se esfuerza para encontrar qué concepciones son más congruentes, que desea ser crítico, capaz de pensar diferente de lo que la mayoría piensa. Enseñar no debe ser tanto enseñar qué pensar, sino pensar de una manera crítica y congruente, con todo un sistema de valores que fundamente su sistema de creencias.

Hoy, más que nunca, debemos sembrar la esperanza y el sentido en estas generaciones, cada vez más condenadas a un nihilismo, caracterizado por la falta de compromiso en sus relaciones e incluso en su propia existencia. Debemos retomar los ideales humanistas en donde la búsqueda de la verdad, el conocimiento y los parámetros morales, nos guiarán hacia una sociedad más justa y comprometida. ■

## Referencias

- Aristóteles (2020). *Metafísica*. Madrid, España: Gredos.
- Bauman, Z. (2004). *Modernidad líquida*. Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Platón (2003). *Critón*. Madrid, España: Gredos.
- Platón (2003). *La República*. Madrid, España: Gredos.
- Han, B. (2022). *No-cosas. Quiebras del mundo de hoy*. España: Taurus.
- Rojas, E. (2000). *El hombre light: una vida sin valores*. Recuperado el 13 de noviembre, de <http://ciudadanoaustral.org/biblioteca/08.-Enrique-Rojas-El-hombre-light.pdf>
- Vattimo, G. (2021). *Después de la cristiandad: por un cristianismo no religioso*. Recuperado el 13 de noviembre, de [https://planetadelibroscom.cdnstatics2.com/libros\\_contenido\\_extra/49/48148\\_Despues\\_de\\_la\\_cristiandad.pdf](https://planetadelibroscom.cdnstatics2.com/libros_contenido_extra/49/48148_Despues_de_la_cristiandad.pdf)